

STÉPHANE LOISEAU, *De l'écoute à la parole. La lectura bíblica dans la doctrine sacrée selon Thomas d'Aquin*. Paris: Du Cerf, 2017, 394 pp. ISBN: 978-2-204-11789-0

En los últimos años el interés y los estudios sobre los comentarios bíblicos de santo Tomás han crecido notablemente. Con ellos se accede a un pensamiento de santo Tomás más completo y, sobre todo, se pone de relieve su punto de vista propio: el de un teólogo que bebe su sabiduría principalmente de la Sagrada Escritura. Así santo Tomás se ha mostrado en su labor docente sobre todo como *Magister in Sacra Pagina*.

Este libro que reseñamos forma parte de este conjunto de estudios. Con él nuestro autor, Stéphane Loiseau, quiere llenar un hueco: explicar la naturaleza de la *lectio* como parte de la *Sacra Doctrina* según santo Tomás. Las tres funciones del teólogo medieval eran la *lectio*, la *disputatio*, y la *praedicatio*. La *lectio* consistía en una lectura y comentario de los diversos libros de la Sagrada Escritura. La tesis que quiere probar nuestro autor es la siguiente: para el Aquinate la *lectio bíblica* es una prolongación homogénea de la misma Sagrada Escritura que permite al oyente escuchar la voz actual de Dios que le habla a través de la Sagrada Escritura y que funda la labor posterior de disputa y de predicación. Prolongación porque se trata de otro texto fruto de la elaboración del teólogo que tiene que aclarar aquellas dificultades que impiden al oyente la comprensión de la Sagrada Escritura. Pero homogénea pues la *lectio* forma parte de la *Sacra Doctrina*, siendo esta una ciencia “*quasi* – subalternada” de la ciencia divina la cual se nos ha manifestado en la revelación y transmitido en la Sagrada Escritura; y forma parte de ella como aquella función por la que el teólogo asimila la sabiduría revelada y asienta los principios que le permiten la disputa y la predicación. Considerar la lectura como una participación en la sabiduría misma de Dios ha empujado al autor a “formular la hipótesis según la cual la lectura sería mejor descrita con el binomio de escucha y palabra, pues tiene en cuenta al locutor inicial no como una condición pasada del suceso del texto, sino como un compañero actual de la lectura con el cual la lectura nos pone en relación” (265).

El libro consta de una introducción, donde nuestro autor expone su tesis, seguida de seis capítulos, en los que pretende demostrarla, y de una conclusión final,

en la que recoge los resultados. Además, el autor ha añadido doce anexos, en los que presenta diversos análisis de textos de santo Tomás de los que se ha servido para su argumentación, así como la bibliografía utilizada. Todo el conjunto va prologado por Ruedi Imbach, profesor de la Sorbona y uno de los directores de esta tesis doctoral.

Presentada la tesis sobre la concepción tomasiana de la lectio bíblica, nuestro autor dedica los seis capítulos a probarla. Los divide en dos grandes partes. En la primera, que abarca los tres primeros capítulos, la prueba a partir de los textos teóricos y programáticos de santo Tomás. En los tres últimos, que abarcan la segunda parte, la demuestra en el análisis de su práctica tal como aparece en el comentario al cap. 4 del evangelio según san Juan.

Adentrémonos con Loiseau en el estudio teórico, primero del método de la *lectio*, después de su finalidad y finalmente de su relación al texto comentado. En el capítulo primero, Loiseau presenta el método de la lectura de la Escritura según la mente del Aquinate. Para ello, parte del hecho de que la lectura era el modo de enseñanza común del maestro universitario medieval, sea sagrado o profano. En esta lectura el objetivo era la búsqueda de la intención del autor. Con ello, la *lectio* del hombre medieval iba más allá de la simple relación de significante y significado. Además, esta lectura se realizaba y se exponía mediante un proemio con el que se introducía al lector a la comprensión del libro. En él se solía presentar el orden del libro, las materias de la que trataba y la cuestión del autor. A este proemio seguía una *divisio textus* mediante la cual se pretendía descubrir la intención del autor, y su interpretación sirviéndose de la ayuda de diversas autoridades. La lectura bíblica universitaria a partir de finales del siglo XII seguía este mismo método, pero con sus particularidades. Nuestro autor señala varias de ellas. En primer lugar, por ser la Escritura palabra de Dios, la intención del autor que se busca es la del autor divina, y más concretamente su sentido profundo o espiritual. En segundo lugar, la metodología goza de una mejora del texto bíblico, así como de nuevos instrumentos de interpretación del texto, ya gramaticales y literarios, ya filosóficos (como los escritos de Aristóteles). Seguidamente, Loiseau muestra que Santo Tomás comparte esta misma metodología. De ahí concluye en orden a probar su tesis que para santo Tomás como para los maestros medievales, la lectura de la Escritura no se resuelve en la relación significante y significado, sino que busca la intención del autor divino que a través del texto deja oír su voz.

En el capítulo segundo, Loiseau expone la finalidad particular que en la mente de santo Tomás tiene la *lectio bíblica*. Completando un trabajo de J. HAMMELE que había insistido que para santo Tomás la objetividad de la Escritura expresada en el sentido literal era fundamento de la cientificidad de la *Sacra Doctrina*, nuestro autor muestra que el fundamento más profundo de tal cientificidad radica en que la lectura es participación en la ciencia divina. Esta idea santo Tomás la

expresó mediante el concepto de la Sacra Doctrina como ciencia subalternada a la misma ciencia divina. Loiseau dedica unas páginas muy ricas analizando lo que es una ciencia subalterna y de la original aplicación que santo Tomás hace de ella para explicar la naturaleza de la *Sacra Doctrina*. Desde ella concluye presentando el papel “de principio” que tiene la *lectio*. Siendo la *Sacra Doctrina* una ciencia que por una parte depende en cuanto a sus principios de la ciencia que Dios tiene de sí mismo y que le es participada al hombre mediante la iluminación interior de la gracia divina y la revelación transmitida en la Sagrada Escritura, siendo también que las verdades de la revelación se ofrece al lector en la Escritura “de un modo disperso, a través de diversos modos de expresión y de un modo a veces oscuro” (*Summa Theologiae* II.II q.1 a.9 ad1), la *lectio*, con su labor de estudio e interpretación, constituye “el medio vital” para la elaboración de las verdades de fe. De ahí concluye Loiseau para su tesis que la lectura bíblica como asimilación de la inteligencia del lector a la ciencia divina conduce a considerar la implicación de Dios como locutor en razón de la luz de gracia que infunde sobre la inteligencia del lector.

En el capítulo tercero, nuestro autor estudia la relación que en la mente de santo Tomás tiene la lectura bíblica con el texto comentado. Y lo presenta como una prolongación homogénea de la misma Escritura en el sentido de que no sólo es una lectura de lo que el Señor habló al hagiógrafo en el pasado, sino la escucha de lo que hoy Dios habla al lector a través de aquel texto del pasado, e incluso prolongando su voz para el pueblo de Dios (así lo prueba con *Rigans montes* o con el lugar paradigmático que santo Tomás concede a las introducciones de san Jerónimo) y extrayendo sus potencialidades al explicitar los artículos de fe (cf. *Summa Theologiae* II.II q.1 a.7). Todo ello respetando el lugar único que tiene como fuente el texto de la Sagrada Escritura (lo prueba aduciendo que santo Tomás funda el sentido espiritual en el literal). La razón fundamental de la posibilidad de esta relación viva con la Escritura es el desdoblamiento de autor humano y divino en el origen de la Escritura como fruto de su inspiración. Nuestro autor muestra también como esta tesis es compartida por los autores medievales judíos y cristianos.

En la segunda parte, Loiseau pretende patentizar su tesis a través del análisis de la práctica exégetica del Aquinate tal como aparece en su comentario al cap. 4 del evangelio de san Juan. Es un planteamiento muy original y fecundo para verificar la unidad en el pensamiento de santo Tomás y para hacer más ricos sus planteamientos teóricos. Y así en el capítulo cuarto nuestro autor muestra que el comentario de santo Tomás a san Jn y concretamente su cap. 4 siguen el modelo de los comentarios universitarios medievales (con su búsqueda de la intención del autor, con su proemio y su *divisio textus*). Sin embargo, la lectura bíblica tiene la especificidad de que busca un sentido más profundo en razón de la autoría divi-

na de la Escritura. Aquí Loiseau se alarga en un análisis de los sentidos bíblicos pro medio del análisis de las expresiones (*mystice*, carnal, literal y espiritual), del uso que santo Tomás hace de ellos en el comentario a san Juan y de su valor de revelación, para terminar proponiendo una solución al problema de los sentidos bíblicos, una solución que para él tiene su llave en Cristo que es quien es revelado. A esta especificidad del sentido, la lectura añade la de su metodología hecha de autoridades de la Escritura, de los Padres e incluso de la razón natural. Loiseau hace un minucioso análisis de su uso en el comentario a Jn 4. Con todo ello, la *lectio* se manifiesta como una escucha del locutor divino que habla en la Escritura y que en último término manifiesta al Verbo.

El capítulo quinto lo emplea Loiseau en mostrar cómo la *lectio*, es el fundamento de la *disputatio*, y de la *predicatio* analizando el uso que hace el Aquinate del comentario a Jn 4 en sus obras doctrinales y en su predicación. Finalmente, en el sexto capítulo analiza el comentario de Jn 4 para mostrar que la lectura es una prolongación del texto bíblico (buscando su sentido profundo, tratando de resolver las aparentes contradicciones, y respondiendo a las cuestiones que plantea el texto). Pero una prolongación homogénea, pues santo Tomás usa autoridades bíblicas o de los padres para argumentar, e incluso autoridades profanas en virtud de la verdad que contienen. Así Loiseau termina justificando desde la práctica del Aquinate su tesis acerca de la naturaleza de la *lectio*.

A modo de crítica, quisiera señalar dos cosas. En primer lugar, me parece que la justificación en el pensamiento del Aquinate de la tesis que defiende este libro ganaría en claridad si la *lectio* se hubiera enmarcado en el contexto más completo del pensamiento de santo Tomás acerca de la revelación, de su transmisión y de su recepción. Entre otras cosas, me parece que hay una falta de claridad acerca de los sentidos de la Escritura debida a la equivocidad en el uso de los términos “espiritual” y “literal”. Esta se resolvería si se pensara la inspiración desde el carisma de profecía, se enmarcara en la historia de la revelación (AT y NT) y se tuviera en cuenta la recepción de tal revelación por parte del cristiano. (Para un desarrollo más amplio de este tema: cf. I. MANRESA, *La exégesis en el Espíritu según santo Tomás de Aquino*, Toledo 2018).

En segundo lugar, también serviría para probar mejor la tesis atender al papel que da el Espíritu Santo en la transmisión e interpretación de la Escritura. En este sentido hay un texto del Aquinate que lo expresa admirablemente. Es la q.17 del *Quodlibet* XII. Si bien se trata de una *reportatio* no revisada por santo Tomás, parece que recoge su pensamiento. En ella santo Tomás se pregunta si los santos doctores en su oficio de interpretar la Escritura todo lo que dijeron venía del Espíritu Santo. En el SC responde manifestando la continuidad entre la acción de la acción del Espíritu Santo en los hagiógrafos y en los intérpretes: “ad eundem pertinet facere aliquid propter finem et perducere ad illum finem. Sed

finis Scripturae, quae est a Spiritu Sancto, est eruditio hominum. Haec autem eruditio hominum ex Scripturis non potest esse nisi per expositiones sanctorum. Ergo expositiones sanctorum sunt a Spiritu Sancto.” Esto mismo ratificará en el cuerpo del artículo.

Sin duda hay que saludar con agradecimiento y admiración la obra de D. Stéphanne Loiseau. Se trata de un trabajo de gran valor por el rigor de su argumentación, la minuciosidad de sus análisis y su amplia documentación. Pero sobre todo por lo fecundo de su tesis, no sólo para enriquecer el pensamiento tomista o la historia de la exégesis, sino para reorientar la hermenéutica bíblica contemporánea necesitada de adecuar su *lectio* a la verdadera naturaleza de la Escritura, palabra viva a través de la cual Dios nos habla hoy.

Ignacio M. Manresa Lamarca, hnscc
Instituto Teológico San Ildefonso
igmanresa@gmail.com

DOMINIC LEGGE, OP, *The Trinitarian Christology of St Thomas Aquinas*. Oxford: Oxford University Press, 2017, 261+ xvii pp. ISBN 978-0-19-879419-6

A finales del siglo pasado un dominico francés, gran exponente del tomismo contemporáneo, publicó un libro titulado *Synthèse dogmatique* que llevaba por subtítulo “*De la Trinité à la Trinité*”. La elección de ambos no era casual, pues intencionadamente quería señalar una idea clave en el pensamiento de Tomás de Aquino: la teología no es sino pensar el misterio de Dios revelado y cómo todas las cosas proceden de él y tienden a él. El libro de Dominic Legge que ahora comentamos participa de la misma convicción fundamental e intenta, con éxito, mostrar cómo la cristología de santo Tomás se encuentra plenamente incluida en este marco conceptual: solo es inteligible si se la contempla desde el misterio de la Trinidad.

Antes de analizar el contenido mismo del libro, permítasenos destacar tres logros importantes de la obra. En primer lugar, representa un ejercicio admirable de lo que es el pensar teológico en su intento por comprender el misterio revelado de modo integral. No es un tratado de cristología ni tampoco uno de trinidad o antropología teológica, sino una reflexión trinitaria sistemática aplicada a la cristología. Es, en este sentido, un muy buen ejemplo de cómo la *analogia fidei* forma parte del quehacer teológico. En segundo lugar, hay que destacar el rigor metodológico que presenta. No solo es un trabajo muy bien estructurado (lo veremos luego), sino que en cada apartado procede con rigor científico, argumentando con precisión y claridad sus tesis y ofreciendo siempre la justificación textual que apoya su interpretación del Aquinate. Por último, conviene señalar también el as-

pecto polémico de la obra. Aunque no está escrita para refutar objeciones, es, sin embargo, una demostración consistente de lo injustificado de algunas acusaciones modernas contra la cristología de santo Tomás. En efecto, a lo largo de toda la obra muestra que el pretendido divorcio entre cristología y trinidad (3) no puede nacer sino de la incompreensión o ignorancia de los textos mismos del Aquinate.

El libro está estructurado en tres partes. En la primera aborda el tema de las misiones divinas como “prolongación” de las procesiones intratrinitarias. De hecho, en este apartado establece el principio que guiará todo el desarrollo argumental de la obra: “la misión incluye la procesión eterna, pero añade algo, a saber, un efecto temporal” (*STh.* I q. 43, a. 2 ad 3). Si comprendemos que la encarnación encuentra su sentido en el marco de las misiones divinas, entonces necesariamente concluiremos que es intrínsecamente trinitaria. Pero en esta primera parte no solo muestra esa intrínseca estructura trinitaria por la necesaria referencia al Padre que envía al Hijo y del Hijo que envía luego al Espíritu Santo, sino que el A. trata también la relación entre las misiones visibles e invisibles y destaca ya la ordenación de la una a la otra. Como indicábamos al inicio, el pensamiento de santo Tomás quiere dar cuenta del misterio de la dispensación salvífica: de Dios Trinidad procede todo (12-14), a él tiende de modo general su creación y de modo especial la criatura racional, capaz de alcanzar la Trinidad por las misiones invisible (29-36) y son las misiones históricas o visibles las que nos marcan ese camino de retorno (54-58).

En la segunda parte estudia dos temas cristológicos en su relación con el Padre. En primer lugar, aborda la cuestión clásica sobre el porqué de la encarnación. No entra, sin embargo, en la discusión sobre el motivo de la encarnación, sino que intenta examinar las razones de conveniencia de por qué la Segunda Persona asumió una naturaleza humana y no las otras. Para ello muestra el sentido de la encarnación en cuanto Verbo, Hijo, Imagen y Autor de la santificación. No nos movemos en el plano de la necesidad, sino siempre en el de la conveniencia. Así, por no señalar más que unos ejemplos, era congruente que fuera el Verbo quien se encarnase porque siendo la plenitud de la revelación, él manifiesta plenamente al Padre y nos revela lo íntimo de Dios (80); y convenía también que fuese la Imagen, porque al encarnarse nos deja un modelo perfecto en el cual reflejarnos para vivir plenamente la vida trinitaria (95).

El segundo capítulo de esta parte trata de la unión hipostática y su relación con la Trinidad. Es quizás el capítulo más denso teológicamente, pero no por ello pierde en claridad. Al contrario, resulta muy iluminador para pensar rectamente en este misterio. Se abre esta reflexión explicando que el término de la asunción es la segunda persona de la Trinidad, aunque el acto de asumir (su principio) es común a las tres personas divinas, porque al ser una operación *ad extra* refiere a la esencia. Esta distinción se muestra clave, pues en la encarnación tenemos un efecto creado que es relativo a una persona. Y, como dice el A., “la relación es un vector hacia la

persona, que termina en la persona misma” (105). Esta idea la desarrolla y precisa en un segundo momento con respecto al tema del *esse* de Cristo. Obviamente el ser del Verbo es el *esse* de la Trinidad; podría entonces alguno preguntarse en qué sentido hay que atribuirle a la segunda persona la encarnación. Siguiendo a santo Tomás, explica que ciertamente el término es el único ser divino, pero que es término según el modo personal del Hijo. Es decir, el ser es idéntico, pero no el modo y por eso, la obra de la encarnación está intrínsecamente marcada por el modo de ser del Hijo (109). En otras palabras, el modo filial caracteriza cada parte de su naturaleza humana, también su operación.

Este capítulo acaba con una interesante cuestión que refleja bien toda la carga trinitaria de la reflexión cristológica del Aquinate: ¿podía encarnarse otra persona? Sabemos que santo Tomás lo considera como una posibilidad. El A., sin embargo, contra la interpretación crítica dominante en ciertos ambientes teológicos de esta respuesta, muestra con profundidad que, aun cuando la posibilidad en sí misma considerada es indiferenciada, no da igual qué persona se encarnara. De hecho, el peso argumental de esta distinción recae justamente en la clave económica que da a su respuesta. No se trata de señalar la posibilidad de que cualquier persona podía encarnarse, sino de recalcar la máxima conveniencia de que lo hiciera el Hijo (127).

La tercera parte (la más extensa) trata sobre Cristo y el Espíritu Santo y tiene por objeto mostrar cómo la cristología es también intrínsecamente pneumatológica. En este apartado podemos distinguir dos líneas temáticas diferentes: una primera dedicada más directamente al misterio de Cristo en su relación con el Espíritu Santo y una segunda, que concluye el libro, que trata de Cristo como dador del Espíritu Santo. La primera línea comprende tres capítulos y trata de Cristo que en cuanto hombre recibe el don del Espíritu. De particular interés resultan las páginas relativas a la gracia habitual de Cristo y la unión hipostática (145-159). No es para nada una cuestión bizantina, sino una reflexión que busca llegar hasta lo profundo del misterio de la encarnación. Sobre este fundamento los cap. 6-7 desarrollan los problemas relativos al conocimiento humano de Cristo (particularmente el conocimiento infuso y de visión) y a las operaciones del Hijo de Dios que están también “ungidas” por el Espíritu Santo (201-209). Al hacerse hombre ha asumido todo lo humano.

Al inicio de esta reseña señalábamos cómo la reflexión sobre la economía divina tenía a Dios por principio y final. Esta obra que había comenzado estudiando las misiones divinas como “prolongación temporal” de las procesiones, concluye en el último capítulo mostrando cómo Cristo nos envía el Espíritu santo por medio de su sagrada humanidad. El P. Legge nos quiere indicar con la misma estructura de su reflexión la verdad de esta afirmación: toda la economía emerge de las procesiones eternas y a ellas nos conduce.

En este último capítulo, el A. vuelve a señalar la gran sensibilidad de santo Tomás a la dimensión pneumatológica de la encarnación (231). Al acabar esta obra, habría que ampliar esta afirmación y destacar la gran sensibilidad trinitaria de la cristología tomista. Obviamente este libro no agota (ni pretende hacerlo) la reflexión por la temática, pero sin duda constituye una referencia imprescindible en la materia y un acceso privilegiado al pensamiento cristológico y trinitario del Aquinate. Permítasenos acabar citando unas palabras de Gilles Emery: “el libro de Dominic Legge aporta frescura y vida nueva a nuestra comprensión de la cristología de santo Tomás, porque devuelve con éxito la primacía a la perspectiva trinitaria que guía el pensamiento del maestro dominico”.

Lucas Pablo Prieto
lucaspablo.prieto@gmail.com

ANA MARÍA C. MINECAN, *Fundamentos de física aristotélica: La estructura del cosmos y su ciencia*. Madrid: Antígona, 2018, 158 pp. ISBN: 978-84-16923-44-1

Ana María C. Minecan obtuvo el Premio Extraordinario de doctorado por su tesis, presentada en 2015, sobre la *Recepción de la física de Aristóteles por Tomás de Aquino* (Universidad Complutense de Madrid). Desde entonces, además de un buen número de artículos, ha publicado también el volumen *De la eternidad de los astros a la génesis del universo: Un recorrido por la cosmología de la baja Edad Media* (Murcia: Diego Marín, 2017). Aquí presentamos otra cristalización de sus investigaciones en estos últimos años: una introducción a la filosofía natural de Aristóteles. No sólo pretende iniciarnos al libro de la *Física*, sino, en general, a las concepciones del filósofo griego sobre filosofía de la naturaleza. De tal modo, esta obra viene a suplir la carencia en español de una introducción general a este aspecto capital del pensamiento de Aristóteles.

Es un libro pensado como “introducción” en que la autora puede prescindir de una confrontación constante con distintas interpretaciones, problemas de tipo filológico y otros impedimentos que suelen desmoralizar a quienes pretenden iniciarse en las lides del pensamiento antiguo. Esto no significa que ignore la bibliografía pertinente al respecto, aunque se echan en falta textos muy conocidos como *The Cambridge Companion to Aristotle* (Cambridge: Cambridge UP, 1995), editado por Barnes, o el menos conocido pero más reciente *Aristoteles-Handbuch* (Stuttgart: Metzler, 2011), editado por Rapp; en particular, sorprende la ausencia del clásico estudio de A. Mansion, *Introduction à la Physique Aristotélicienne*, aunque es cierto que su primera edición data del ya bastante lejano 1913.

En el libro se abordan, como decimos, los problemas físicos principales estudiados por Aristóteles. En primer lugar, después de una breve y sugerente in-

roducción, Minecan nos sitúa en el estatuto epistemológico de la filosofía de la naturaleza frente a las demás ciencias. Después, divide su obra en otras tres partes. La primera de ellas aborda “los elementos regulativos y constitutivos del cosmos” y en ella atiende, pues, a los principios del movimiento, las causas, los elementos, el movimiento en cuanto tal, el lugar, el vacío, el tiempo, la necesidad, el azar y el infinito. En segundo término, se estudian “las propiedades generales del cosmos” que Minecan identifica con la eternidad y unicidad. En tercer término, se dedica unas páginas a “las dos regiones del cosmos”, a saber, el mundo supralunar —las esferas y los astros— y el sublunar —espacio dedicado a las cuestiones propias de los *Meteorológicos*—.

El libro está escrito con sencillez y un dominio serio de la materia. Ahorra al lector el engorro de confrontarse continuamente con tecnicismos en griego y expone las cuestiones filosóficas facilitando la comprensión de los razonamientos de Aristóteles. La autora trata de resolver la perplejidad del lector contemporáneo cuando el acercamiento a los problemas físicos dado por la ciencia de nuestros días puede dificultar la lectura del Estagirita. Frente al desprecio algo precipitado de la física elaborada por Aristóteles que a veces se cacarea en nuestro tiempo, Minecan hace una defensa valiente de la racionalidad de su filosofía natural, reconociendo en el pensador griego a quien debe ser considerado uno de los antepasados más ilustres de dicha ciencia: “[...] su sistema [...], sin duda, sorprenderá al lector por el influjo que el modo aristotélico de entender la naturaleza tiene todavía hoy en día, tanto en los niveles más sofisticados de la ciencia como en la vida cotidiana” (15). La fundamentación empírica del conocimiento natural, unida a la elaboración racional de teorías en confrontación constante con la “comunidad científica”, más la “posibilidad de que su teoría pueda ser mejorada por medio de mejores observaciones y crítica de sus propios planteamientos constituyen parte del legado metódico de Aristóteles que sigue hoy en día avivando el quehacer científico” (17). De esta manera, por poner un ejemplo, hace una ingeniosa presentación de cómo fue tenida en cuenta y desechada por Aristóteles la teoría que, bajo el punto de vista histórico, supuso la ruina de buena parte del sistema físico aristotélico: el heliocentrismo. Según Minecan, Aristóteles, lejos de ignorarla, la tuvo en cuenta pero rehusó abrazarla porque la consideraba insostenible desde el punto de vista teórico: “[...] los griegos podrían haber planteado ya en su completitud el sistema heliocéntrico”; no obstante, “la aceptación de dicho sistema requería un marco conceptual completamente nuevo y no, como suele considerarse, sólo observaciones más refinadas” (143).

El libro constituye una buena herramienta introductoria para adentrarse en el pensamiento de Aristóteles, clara y bien redactada, aunque es de lamentar cierto número de erratas e incluso alguna falta de ortografía. También debería haberse revisado con más cuidado el listado bibliográfico de las últimas páginas, donde

aparecen desordenados algunos autores, llegando a repetirse incluso el libro de Couloubaritsis y figurando separadas dos obras de Clagett, por ejemplo. Además, hay otros fallos como el año de publicación de la edición de Diels-Kranz. Estos errores no ofuscan el resultado final que, aun así, hace de la obra una estupenda herramienta para dar a conocer mejor al gran sabio de Estagira.

David Torrijos-Castrillejo
Universidad Eclesiástica San Dámaso
dtorrijos@sandamaso.es

FRANCISCO JAVIER RUBIO HÍPOLA, *La fundación ontológica del acto operativo en el tomismo contemporáneo. Un análisis comparativo y una propuesta de solución*. Roma: Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, 2018, 484 pp. ISBN: 978-8896990421

Presentamos el primer libro de Rubio Hípola, profesor en la Universidad Francisco de Vitoria de Madrid. Se trata de la publicación de su tesis doctoral en filosofía. La obra lleva a cabo un análisis comparativo de tres “figuras” del tomismo contemporáneo fijándose en cómo estudia cada una de ellas la constitución del acto operativo. De este modo se fija la atención en un aspecto central de la metafísica tomista: el acto de ser y la esencia, así como su relación con el acto segundo.

La noción de “figura” está tomada de Alain Contat (48) con el propósito de identificar distintos planteamientos dentro de un movimiento intelectual de gran envergadura como es el tomismo. El autor escoge tres, aunque es consciente de estar dejando fuera algunos otros que también serían dignos de atención, como el de la Escuela de Barcelona que alaba en repetidas ocasiones. Las tres figuras a las que se refiere son el “tomismo formalista”, el “tomismo trascendental” y el “tomismo intensivo”. Por tomismo “formalista” se refiere Rubio a la tradición escolástica que ve personalizada de una manera particular en Juan de santo Tomás, aunque el autor que es tomado en el libro para representarlo es Jacques Maritain. Del tomismo trascendental se estudia a Maréchal, mientras que el representante del tomismo intensivo es Cornelio Fabro (formarían parte de este grupo otros autores como Étienne Gilson). Este plan de trabajo proporciona un esquema muy claro a la obra, dedicando, después de una introducción, una parte a cada uno de estos autores y rematándola con una conclusión general. En cada una de estas partes se examina primero la biografía de cada autor, después se enfoca su planteamiento metafísico localizando el punto de partida de su pensamiento en dicha disciplina, para acabar por fin examinando una serie de “aporías” en las cuales emergen los problemas principales que se quieren estudiar. Dichas aporías

son la comprensión del *esse* y de la *essentia*, el principio tomista “*forma dat esse*”, la relación entre la sustancia y la sustancialidad, el estatuto ontológico del *esse* de los accidentes y, por fin, la aporía del vínculo existente entre el agente y su operación. En las conclusiones generales se nos ofrece una comparación de las tres figuras con algunas reflexiones personales del autor por las cuales cree preferible la tercera.

El libro está escrito con rigor y resulta instructivo y útil para acceder a la metafísica de estos tres autores cuya importancia resulta indiscutible. Los razonamientos son limpios y el lector puede seguirlos sin dificultad. Tan sólo es de lamentar que menudeen pequeñas erratas e incluso algunas faltas ortográficas. No obstante, en definitiva, aunque sea sólo un acceso parcial, resulta una luminosa ventana abierta al tomismo del siglo pasado. Además, tiene la pretensión de invitar a un verdadero pensamiento metafísico. Es meritorio que se tome partido decididamente a favor de Fabro, sin que por eso se incurra en el desprecio por los otros autores y se sepa reconocer siempre el potencial intelectual que sus respectivas propuestas incluyen.

Desde el punto de vista del contenido, quisiera comentar que hacer a Maritain representante de un grupo tan variopinto de tomistas —cuyas contribuciones abarcarían un periodo tan largo como el que media entre el tomismo renacentista y el contemporáneo— no me acaba de parecer satisfactorio, aunque se puedan hallar elementos comunes que justifiquen incluirlos a todos en una sola “figura”. Un ejemplo de la inexactitud a lo que esto aboca: desde hace unos años ha sido desmentido con bastante firmeza que Báñez (incluido por Rubio en esta figura (418) tuviera una visión puramente formalista del acto de ser: en este sentido, no quisiera dejar de referirme a un artículo de Forment aparecido en esta misma revista *Espíritu* 34 (1985), 25-48. De una manera semejante, habría sido bueno que el autor hubiese salido al paso también de las críticas al pensamiento de Fabro, como las observaciones que le dirigió, por ejemplo, R. Te Velde, cuyo penetrante libro *Participation and Causality* (New York: Brill, 1995) Rubio conoce (465). Entrar en debate con estas objeciones habría ayudado mucho para contribuir a convencernos de las ventajas aportadas por la senda seguida por Fabro.

David Torrijos-Castrillejo
Universidad Eclesiástica San Dámaso
dtorrijos@sandamaso.es

MARÍA ROSA ESPOT - JAIME NUBIOLA, *Alma de profesor. La mejor profesión del mundo*. Bilbao: Desclee De Brouwer, 2019, 165 pp. ISBN: 978-84-330-3029-0

De entrada hay que señalar que los autores de este libro son personas que atesoran una larga experiencia profesional en el ámbito de la educación y que, además, poseen una extensa bibliografía pedagógica y filosófica. De hecho, no es la primera vez que María Rosa Esport y Jaume Nubiola preparan un libro conjuntamente. Ya en su día publicaron *Aprender a divertirse* (2011) y *Cómo tomar decisiones importantes (Dirigido a jóvenes de 15 a 22 años)* (2016). Ahora nos llega esta obra escrita con un estilo conceptual y directo, sin erudiciones estériles, que combina la experiencia y la reflexión, el saber práctico y el análisis pedagógico. En realidad, su origen radica en diferentes trabajos publicados anteriormente en revistas especializadas de prestigio y una comunicación, aunque esta procedencia no empaña su carácter sistemático y una lógica interna coherente.

De alguna manera, queda claro que ser profesor –ya sea de cualquier nivel docente, primaria, secundaria, universidad– constituye la mejor profesión que existe, aunque no acaba aquí la cosa porque “es muchísimo más que saber sobre la materia que se imparte en un aula, dominar las más recientes tecnologías, o conocer las más modernas metodologías o técnicas de enseñanza más en boga” (45). A decir verdad, los autores remarcan la importancia de la profesión docente que, en último término, descansa en una vocación que permite alcanzar la excelencia profesional. El libro está dividido en cuatro capítulos que abordan la figura del profesor, el papel de los alumnos, la tarea educativa y, por último, unas consideraciones sobre la “nueva educación”, exaltada por unos y denostada por otros.

En conjunto, podemos decir que se trata de una obra que se inscribe en la tradición de la pedagogía perenne, que se fundamenta en una antropología integral del ser humano y de la educación. Por lo demás, conviene tener presente que la pedagogía perenne se caracteriza por su dimensión armónica, que intenta conciliar las posiciones y evitar caer en unilateralismos, a la vez que huye de modas al aunar la tradición con las novedades. En este sentido, la educación ha de contemplar todas las dimensiones de la formación (física, intelectual, moral, estética), ya que el hombre completo y honesto constituye el fin último de la educación. De ahí que se reclame la ejercitación de la voluntad, algo inherente al profesor y al alumno porque el “esfuerzo abre puertas” (110). En última instancia, esta integridad que ha de guiar el proceso educativo no sólo constituye una prioridad en el caso de los alumnos, sino que también el profesor ha de ser un hombre cabal a fin de servir de modelo y ejemplo porque el “profesor realmente es una referencia para sus alumnos” (35). Visto así, cobra importancia el aspecto del profesor, que no puede ser descuidado, sino elegante, actual y sobrio, a la vez que se ha de alejar del lujo y pedantería.

Queda claro, pues, que ser profesor exige un todo completo, de modo que lo que ha de predominar es la visión del conjunto, que necesita no sólo conocer la materia que imparte sino también poseer un alma, una especie de vocación o llamada que alimenta y dirige el ejercicio de su profesión, lo cual comporta un compromiso personal, moral y social con la comunidad. Como vemos, nos encontramos ante una propuesta estimulante para estos tiempos postmodernos que vivimos en que la escuela se ha convertido, en ocasiones, en un banco de pruebas que aplica las innovaciones que surgen en cada momento, con una escasa consideración de la tradición heredada al diluir el protagonismo del profesor que queda relegado a un simple papel secundario, de colega y acompañante del alumno, en un ambiente lúdico-recreativo que apuesta a menudo por la *gamificación* con la ayuda de las nuevas tecnologías que son exaltadas a la categoría de panacea salvífica que ha de resolver todos los problemas educativos.

Resulta obvio que de acuerdo con el título del libro, el profesor ocupa el núcleo central de la obra en una línea que refuerza la necesidad de alcanzar prestigio y reconocimiento, desmarcándose de la vanidad que a menudo acecha a los profesionales de la docencia. Así se explica la reivindicación de los autores para forjar profesores auténticos, es decir, coherentes, que asuman la vida intelectual, que lean libros, hasta convertirse en modelos ejemplares. “El profesor ha de ser consciente de que si sabe dar buen ejemplo, podrá alcanzar resultados insospechados en el crecimiento personal de sus alumnos” (55). Siguen una serie de recomendaciones sobre cómo cuidar la vida intelectual del profesor que ha de adquirir la condición de un gran lector, ya que “leer es escuchar a un autor” (19). Por tanto, el primer deber del profesor es leer con un “lápiz en la mano, o en el bolsillo, para no perder la ocasión de pensar a partir de lo leído” (20). Pero lo intelectual va unido a lo humano, y así conviene que el profesor sonría amable y afectuosamente para poder ganar la confianza del alumno a través de una mirada empática. En tales circunstancias, y si nos encontramos ante la mejor profesión del mundo, es necesario disfrutar en el aula porque en caso contrario la docencia se transforma en un calvario. Huelga decir que el libro está repleto de consejos surgidos de la experiencia de los autores que emergen del sentido común, de un criterio pedagógico basado en el quehacer cotidiano contrastado por la experiencia del día a día. Sin embargo, hay que combinar el orden que es necesario con un cierto “desorden orgánico” que sirve de alternativa a la “dictadura de lo acostumbrado”, aunque el orden es condición necesaria para el buen ejercicio profesional. Ahora bien, en los últimos tiempos ha proliferado la figura del profesor quemado con lo que los autores abordan el tiempo de trabajo y de descanso con consejos útiles para todos. “Practicar un deporte, leer, escribir, escuchar música, o simplemente pasear, son distintos modos de descansar” (40).

Notemos de paso que nos hallamos ante un libro que destaca el papel del oficio, del ejercicio profesional, talmente como si se tratara de una tarea enraizada en la tradición de los gremios medievales. No en balde, el profesor Nubiola elaboró un espléndido libro sobre *El taller de filosofía* (1999) que enfatizaba la importancia del trabajo artesanal. No por casualidad, algo de ello se deja notar también en esta ocasión porque la figura del profesor se aborda desde sus comienzos, con un plan de acogida al profesional principiante. A pesar de los avances tecnológicos, ser profesor tiene mucho todavía de trabajo artesanal, con lo que adquiere gran relieve la figura del profesor-mentor que ha de guiar e instruir al profesor principiante. En cuanto a los alumnos, se parte del principio que es preciso quererlos, aunque ello no impide mantener la disciplina en el aula. Como es lógico, se ha de tender a construir un entorno académico para todos, un clima del aula que no excluya a los alumnos introvertidos, más todavía si se tiene en cuenta que un tercio de la población es introvertida (65). En cualquier caso, la empatía del profesor constituye una herramienta eficaz mientras que recurrir a la vergüenza no sirve para enseñar ni para educar.

Téngase en cuenta que los autores entienden el proceso educativo como una empresa formativa que afecta a la escuela y a la familia, y que se extiende cronológicamente a lo largo de la vida del alumno, hasta su orientación profesional. “La mejor orientación es la que conduce a la mejor elección” (75). Ni que decir tiene que el libro aborda aspectos que parecen tangenciales pero que son nucleares en el proceso formativo como la diversión de los jóvenes, siempre en una actitud que sin negar la realidad –la necesidad de divertirse– se aleja de las costumbres socialmente impuestas por la sociedad postmoderna que exalta la fiesta nocturna, una mezcla peligrosa de música, velocidad y alcohol. Una y otra vez, los autores reivindican la responsabilidad de todos los agentes que intervienen en el proceso educativo, padres y profesores, sin olvidar a los propios sujetos, a los jóvenes que deben asumir la responsabilidad del ejercicio de la libertad.

En el orden de cuestiones prácticas, el libro no tiene desperdicio porque más que un tratado teórico se dan orientaciones válidas para todos, tanto para los profesores noveles como para aquellos que llevan años en ejercicio. En esta línea, se dan consejos para que el trabajo en equipo sea efectivo y enriquecedor, sin protagonismos individuales. También se aceptan los exámenes, dentro de unas coordenadas que favorezcan la evaluación positiva de cara a la optimización de los resultados del alumnado. Con relación a los deberes, otra cuestión disputada, se opta por una solución que atiende al sentido común, al proponer crear un clima de silencio y trabajo en casa, lo que implica el compromiso de la familia en la tarea de educar e instruir. Así, y de acuerdo con una vía natural de comunicación paterno-filial, se reclama el acompañamiento y apoyo de los padres, una instancia que complementa la escolar a cargo de los profesores.

Igualmente, se postula la calidad en el aula para lo cual el profesor debe mejorar no sólo técnicamente sino también intelectualmente. Esta idea cruza transversalmente todo el libro, de modo que el profesor adquiere una dimensión intelectual que debe cuidar porque fondo y forma van unidos, muy al contrario de lo que se piensa por lo general a partir de los principios pedagógicos naturalistas que enfatizan y promueven la intuición y la espontaneidad. “El profesor comprometido, el que ama su profesión, busca dominar la materia que imparte mediante el estudio y la investigación” (87). Con todo, no se niega la importancia del talento, un don innato y recibido, aunque se enfatiza que cada maestro cultive su mente, potenciando el talento, a través de la lectura y, por ende, de la escritura, del arte de la escucha y del atrevimiento a pensar, un aspecto que no solo afecta al profesor sino también al alumno, que ha de tener libertad para tomar sus propias decisiones. Aparte de todo esto, no hay que perder de vista que el profesor ha de saber, dominar su materia. “La autoridad del profesor es la *autoridad del saber*. De hecho, el alumno acepta la autoridad del profesor con el fin de saber” (151).

En sintonía con los principios de la pedagogía perenne, siempre contraria a unilateralismos, se plantea la consabida cuestión de las dos culturas, ciencias o letras. Como reconocen los autores, se trata de un viejo debate (Charles P. Snow), que solucionan con una opción armónica e interdisciplinar, ya que es necesario (como Steve Jobs formula) unir el humanismo, las artes liberales, con la tecnología. “En suma, necesitamos profesores que en su enseñanza y en su vida sepan aunar esas dos culturas y así lo contagien a sus estudiantes” (93). En líneas generales, y tal como vemos, el libro se sitúa en una especie de término medio entre los sistemas más rigurosos que promovió en su día la pedagogía herbartiana, marco de referencia de la escuela tradicional, y los sistemas libertarios que promovieron determinadas corrientes de la moderna pedagogía que surgieron después de la Primera Guerra Mundial y que se acentuaron en una directriz un tanto libertaria a raíz del mayo del 68. Por supuesto, los autores no dudan en tratar el tema de la “nueva educación” desde una mirada constructiva que valora el papel de las metodologías tradicionales y las innovadoras. Aquí, de conformidad con la pedagogía perenne, se apuesta por una solución que combina aspectos de ambas metodologías, a través de un planteamiento binomial, a la vez que se enfatiza la importancia de la interdisciplinariedad con lo que se acepta el trabajo por proyectos y el aprendizaje basado en la resolución de problemas. A mayor abundamiento, se abordan puntos cruciales de la educación actual como la escuela inclusiva y las nuevas tecnologías, siempre desde un punto de equilibrio y ponderación, una constante a lo largo de todo el libro que no pierde la ocasión para tratar de la autoridad del profesor en distintos entornos escolares, ya sea coeducativo o diferenciado. De tal suerte que los autores huyen de las modas al uso que proclaman la hegemonía del género, para plantear la cuestión en sus justos términos, es decir, respetando

la “libertad de enseñanza en una sociedad plural”, de modo que existan opciones que acepten la separación de sexos en el aula. Al fin de cuentas, se trata de un estilo educativo, ya que los chicos y las chicas son muy diferentes en clase, aspectos que el profesor debe conocer. “La constatación de unas claras diferencias fisiológicas y psicológicas, y de unos ritmos de desarrollo físico e intelectuales distintos según el sexo, reclaman una educación que se adapte a estas características, por lo tanto la profesora y el profesor deberán conocerlas” (157).

En fin, nos encontramos ante un libro valioso que no está exento de principios que afectan a la filosofía y a la teoría de la educación. Porque está claro que cualquier instancia didáctica e instrumental precisa de un anclaje teórico que aquí se inscribe –como no podía ser de otra manera– en la pedagogía perenne que, sobre la base del realismo aristotélico-tomista, propugna el equilibrio, en un intento que escapa de las posiciones maximalistas y que opta por el sentido común, o tacto pedagógico, si se quiere. Cualidad esta última –la del tacto pedagógico– que es inherente a los autores del libro en cuestión, una obra de lectura obligada para todos, para quienes se inicien en la docencia, y para aquellos otros –que aunque curtidos en muchas lides– precisamos del consejo de quienes como María Rosa Esplot y Jaime Nubiola atesoran una gran experiencia y conocimiento, que han sabido sistematizar de una manera clara, precisa y elegante. En definitiva, un verdadero antídoto contra los profesores quemados y hastiados de su trabajo que, como se recuerda en el subtítulo del libro, es la mejor profesión del mundo.

C. Vilanou Torrano

CLAUDIO CÉSAR CALABRESE, GUSTAVO ESPARZA, ETHEL JUNCO (coord.), *Mito, conocimiento y acción. Continuidad y cambio en los procesos culturales*. New York: Peter Lang, 2019, 192 pp. ISBN: 978-1-4331-6519-1

Recientemente se ha publicado la obra *Mito, conocimiento y acción. Continuidad y cambio en los procesos culturales* en la editorial Peter Lang, coordinada por los doctores Claudio César Calabrese, Gustavo Esparza y Ethel Junco. Tal y como expresa su propio título, los ocho ensayos que la integran trazan un magistral recorrido en torno al mito: se analiza y evalúa esta noción en tanto que sistema de pensamiento, sistema de conocimiento y sistema de acción. Este grupo de investigadores de la Universitat Abat Oliba CEU, de la Universidad Panamericana de México y de la Universidad Autónoma del Estado de México comparten entre sí la premisa mediante la cual el mito es considerado una forma de conocimiento del mundo. En este contexto, se exploran los binomios de mito y formación así como de mito e imagen del mundo. Para ello, los autores se remontan a la concepción del mito en las primeras cosmogonías y teogonías, pasando por la imbricación

de este en la teología cristiana hasta llegar a la posterior historia del pensamiento cuyo foco se sitúa en el discurso científico. Este horizonte pedagógico es el *letimotiv* que guía al lector a través del camino mítico trazado; la originalidad de la propuesta radica de modo especial en la estrecha vinculación entre ese mito y los procesos culturales.

Los contenidos de los capítulos permiten inferir hasta qué punto el relato mítico viene a tender puentes entre la ciencia y la teología modernas, a fundamentar sistemas políticos e incluso posibles supremacismos culturales. Desde el punto de vista de la hermenéutica fenomenológica así como de la perspectiva filosófica kantiana, se hace patente el esfuerzo para diseccionar y racionalizar el mito con tal de escudriñar sus elementos constituyentes. Por añadidura, se trascienden las estructuras meramente lingüísticas para inferir los distintos significados del mismo desde varios puntos de vista tales como el histórico o el artístico, entre otros.

Destacamos, particularmente, el debate en el que se embarcan los investigadores sobre la consistencia entre el mito y su significado, siendo esta una cuestión que difiere de otras posturas deterministas, científicas o materialistas actuales. La obra se posiciona claramente al respecto del *logos* del mito, del cual se dice que no se expresa en sí mismo sino que se advierte en tanto que despliegue cultural. Así pues, resulta oportuna la consideración sobre si el mito se supera —es decir, se destruye, se elimina, se ignora, se sustituye— y desemboca en un *logos* puro y racional por el que todo cobra sentido, o si, por el contrario, el ser humano está *irremediabilmente* destinado a convivir con el misterio mítico-simbólico. Si bien el significado le da consistencia al mito, el mismo significado está condicionado por el contexto en el que se halla y es otorgado; no obstante, aunque los mitos pasan de generación en generación y la visión del mundo que transmiten evoluciona y se actualiza, nunca se agota. Por consiguiente, la tesis del libro asume que conviene distinguir mito y *logos* como dos realidades distintas que coexisten y se ocupan de áreas distintas de conocimiento, igual que sucede entre ciencia y teología; parafraseando el Evangelio, *al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios*.

En relación a los capítulos que integran la obra, resulta fascinante el modo en que cada investigador ha sabido plasmar las particularidades tan concretas de varias expresiones míticas. A caballo entre el carácter filosófico y el pedagógico, las aproximaciones hilvanadas en la obra constituyen un avance en este campo de conocimiento digno de reseñar.

El primer capítulo, de Claudio César Calabrese, se titula *Heidegger interpreta a Anaximandro. Hacia una sintonía renovada entre mito y logos*, y toma como punto de partida la interpretación de Heidegger sobre la traducción de un fragmento de Anaximandro realizada por Herman Diels y por Nietzsche que dice que “la filosofía no nace del mito”. Paradójicamente, para entender el porqué de esta afirmación, Calabrese nos dirige hacia el “final de la filosofía” y la noción heidegger-

geriana sobre el olvido del Ser. Se considera valiosa la labor de Platón y Aristóteles en la transición entre mito y *logos*, al pasar de lo abstracto a lo concreto, de la poesía a la filosofía; el autor revela, asimismo, la tarea de los presocráticos, que difiere de la de Platón y Aristóteles, pero no por ello es menos válida sino que aporta otras consideraciones filosóficas necesarias.

En el segundo capítulo, *El papel del mito en la articulación aristotélica de conocimiento y acción: mythos, endoxon y phronesis*, Miguel Ángel Belmonte toma como punto de partida la noción de *mythos* para, a continuación, explorarla en relación a su concepto opuesto, el *logos*. Para ello, Belmonte recoge las afirmaciones de varios autores de tales como Dodds, Vernant, Buxton, Zingano, Aubenque y Nussbaum, que plantean la imposibilidad de la dicotomía entre mito y *logos* para explicar el sentido de la filosofía griega. A continuación se aborda la concepción aristotélica de la filosofía práctica, señalando la necesidad de articular este conocimiento práctico con la razón teórica y se recapitulan varias de las citas a los textos clásicos de la *Iliada* y la *Odisea* a las que Aristóteles acude en su *Ética* a Nicómaco. Subrayamos, en especial, la vinculación entre el saber y el hacer, que tal y como el autor desvela, permite asegurar que los rasgos míticos se integran naturalmente a modo de instrumento en el discurso. El capítulo concluye afirmando que el mito suscita argumentaciones morales cuyo objetivo es la verdad práctica.

En la tercera de las aportaciones, titulada *Forma y legalidad del conocimiento mítico en Ernst Cassirer*, Gustavo Esparza dilucida de qué modo el pensamiento mítico, desde la postura del filósofo Cassirer, en el que aparentemente las posturas entre “sujeto” y el “objeto” son irreconciliables y pueden inducir a hacernos pensar que aquello mítico no es forma de conocimiento alguna, justifica su forma y legalidad por medio de una lógica de la mutación. Una de las conclusiones más relevantes realizadas sostiene que al contrario de lo que pudiera parecer, el mito es, efectivamente, una valiosa herramienta hermenéutica para interpretar los fenómenos del mundo.

A continuación, Ethel Junco emprende un análisis comparativo en base a tres modelos narrativos, dos de los cuales son literarios y uno cinematográfico. En este cuarto capítulo titulado *Entre el neoplatonismo y discurso de género. A propósito de La Bella y la Bestia*, Junco nos habla del mito de Eros y Psique recreado en el popular relato clásico de Jeanne-Marie Leprince de Beaumont. Se profundiza en la representación de Bella en tanto que modelo femenino en búsqueda de conocimiento, para después incidir en el insostenible auge del narcisismo en la sociedad posmoderna, para el que la productora Disney aporta también su grano de arena mediante la premisa “la belleza está en el interior” repetida a lo largo y ancho de su versión para la gran pantalla.

En quinto lugar, el capítulo *El alba del despliegue del espíritu en lo abierto del mito bíblico de la creación del hombre*, desarrollado por Roberto Andrés González

Hinojosa, pone en diálogo el relato bíblico del Génesis junto con varios fragmentos de Heráclito de Éfeso que giran en torno a la eclosión del ser del hombre. Dicho relato bíblico, entendido también como mítico, se erige como un aliado de la cosmogonía que viene a complementarla, a aportar una nueva perspectiva que prolonga la historia del universo. En toda esta significación de las *cosas mortales*, por decirlo de alguna manera, el autor sostiene la importancia de la palabra, del *logos*, en tanto que inductora del infinito, infinito hacia el que también tiende el mundo terrenal cargado de símbolos.

Ethel Junco y Gustavo Esparza son, a su vez, los autores de la sexta aportación de esta obra colectiva, y presentan la investigación *Pedagogía del cuento maravilloso. Forma cultural y didáctica del asombro*. Empiezan definiendo la pedagogía, a la cual consideran articulada en la cultura, y es por eso por lo que la creen algo particular, concreto, y no una actividad abstracta. También se menciona que esta tiene como objetivo perfeccionar al ser humano y formarlo como ser social. En lo que respecta al cuento maravilloso o folklórico, se lo considera la manifestación pedagógica por excelencia porque universaliza las experiencias descritas en él. Este, además, despierta una experiencia emotiva que incita al aprendizaje así como a la interpretación de las experiencias vividas. En una sociedad en la que se tiende a desvincular lo cognitivo de lo emocional, la alusión al viaje como recurso formativo constituye, asimismo, una originalidad destacable.

El séptimo capítulo de la obra está a cargo de Ethel Junco y Claudio César Calabrese y se titula *Vida y razón. El diálogo helenístico en la lectura de Pierre Hadot*. En él, se explora la utilidad de la filosofía para la vida contemporánea y se desmiente que *sirva* para que el ser humano conozca y posea —como erróneamente se cree—. Muy al contrario, se afirma que la filosofía es condición indispensable para fomentar un pensamiento que permita ser y actuar, es decir, que lo convierta a uno en un sabio y lo aleje de la confusión creada por la multiplicidad de criterios o la angustia ante la perspectiva de una vida no reflexionada, tal y como Lipovetsky denuncia cuando se refiere a la hipermodernidad. En este camino hacia el verdadero significado de la existencia, los autores sostienen lo acertado del retorno de Pierre Hadot al período helenístico, en el que la introspección en tanto que terapia y ejercicio espiritual, como así también lo corroboran Foucault y Nussbaum, supone la base del discurso para la vida, para el que se proponen varias condiciones y estrategias que animen a establecer un diálogo mayéutico fecundo con uno mismo.

El libro finaliza con el capítulo de Gustavo Esparza, *Pedagogía del mito en J.A. Comenio. De la educación a la formación de la naturaleza humana*. Se parte de distintas consideraciones sobre la Pedagogía realizadas por Francisco Larroyo, Octavi Fullat y Claudio César Calabrese para, más adelante, llegar a Comenio, cuya obra es también amparada bajo el paraguas de lo pedagógico. Con la intención de

responder a la pregunta sobre si la educación implica un desarrollo natural y sobre si la Pedagogía es precisamente el medio más apropiado para formar la esencia del ser humano, se despliega la potencialidad de la narración mítica como pedagogía, narración que será a la vez una pedagogía cosmogónica completa. Esparza formula, a través de la teoría de J.A. Comenio, la distinción entre educación y formación y defiende que la pedagogía se orienta a la formación y que la distinción entre aquellos dos conceptos —formación y educación— radica en el mito.

Para concluir, debemos hacer notar que *Mito, conocimiento y acción. Continuidad y cambio en los procesos culturales* se ha concebido deliberada y conscientemente como una obra parcial, y pretende ser la primera aproximación de los resultados un proyecto de investigación más amplio que se plasmará en próximas publicaciones. Dada la infinitud de cuestiones en torno a las expresiones míticas puestas de relieve en las manifestaciones culturales, se esboza aquí una idea propia con el objetivo de enfatizar un carácter también propio, que constituye la impronta de la línea de trabajo desarrollada y orientada hacia el futuro, la cual, desde su actual potencialidad, aporta ya hallazgos interesantes en lo que respecta a la forma y el contenido de las expresiones míticas.

Cintia Carreira Zafra
Universitat Abat Oliba CEU